

ACTUALIDADES

ADMINISTRACIÓN:
7.ª Avenida Este, 42 - Apartado 638
PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:
Serie de 10 números: ₡ 1-00, pago adelantado

1916

COLABORACIÓN:
VICTOR GUARDIA — LEONIDAS PACHECO — GUILLELMO MARCHENA — R. FERNANDEZ GUARDIA — JULIAN MARCHENA — ARMANDO SUE DE LIS EREMITA — FRANCISCO OROZCO — VALERIANO F. FERRAZ — CARMEN LIRA — JULIO VIVES GUERRA

Año I - No. 3 **BISEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL** San José, 11 Diciembre
DIEZ CÉNTIMOS — Director, FRANCISCO SOLER, Editor — DIEZ CÉNTIMOS

EDITORIAL

EL RESPONSABLE

En silencio, a media luz, fueron aprobados los proyectos de reforma tributaria a cuyo nombre se violentó la libertad de sufragio, se amordazó la prensa, se restringieron las garantías individuales y, en una frase, se atropellaron todas las leyes y hasta el último de los usos de hondo arraigo que fueron nuestro blasón.

¡Todo se ha consumado!

Los representantes de la minoría, cansados de argumentar entre rocas refractarias al eco, renunciaron ante la negativa muda y terca de los sumisos, de los venales, de los amulados servidores de un amo caprichoso, a la tarea noble que se impusieron en un principio con el fin de abrir una hendrija por donde penetrara un hilo de luz siquiera que fuese a atenuar la sombra cerrada de la más delictuosa de las obediencias.

Ahora resta sentar responsabilidades.

Empecemos por perdonar a los que la necesidad de llevar un mendrugo hasta el nido obliga a cerrar los ojos y cubrirse los oídos con las manos frente a las sugerencias de la razón. Esos tristes, mancos de la inteligencia y de la vida, fuerzas desorientadas que cayeron en la abyección y el pánico como pudieran servir altos intereses, inconscientemente, no son culpados: están a merced de sus propios menesteres materiales, sin pesar la infelicidad que llevan sobre las espaldas, decrepitos insensibles, ruedas de noria que giran sin conocer el motivo.

El obligado a responder ante la historia en calidad de cómplice es otro, es Máximo Fernández Alvarado, cuyo pálido semblante vemos a través de la careta mal tejida de su voto negativo.

El señor Fernández Alvarado esperaba —y así lo prometió a partidarios suyos ansiosos de un movimiento enérgico— que la minoría parlamentaria amputara los proyectos de reforma. Pero ésta, como lo dejamos dicho, optó por protestar con el silencio y la posición firme del candidato que pretendía hacer de la oposición el macho castrío que cargara con sus negros pecados, se falseó por la base. Un hombre de la situación política del señor Fernández Alvarado no podrá nunca excusar ante los costarricenses el mutismo en que se ha encerrado. Bien sabe él que una frase suya, que una palabra, que una señal, cuando menos, habría sido el sésamo que hiciera abrirse de par en par muchas de las rocas que son sus partidarios—no nos referimos a la moral—y con

la mansedumbre de los carneros que bajan hacia el abrevadero bajo el sol del ocaso, tomaran todos el camino que él indicó tener por bueno mientras guiaba un ojo en manifestación de burla a los mismos secuaces que no hace un mes calificaba de basuras, no sabemos con qué razón.

Ahora que la minoría se retira de la palestra con la onda sin piedras, es el momento que baje de la presidencia de la Cámara el señor Fernández a combatir en detalle esos proyectos que tan nefandos le parecen para los costarricenses; así se lo exige su posición; y una de dos: o es desleal consigo mismo, o es desleal con las promesas hechas a los pies de los heusosos habitantes del Castillo Azul, a los que llamaba hace poco tiempo los saltadores de su casa, con imprudencia que le debe pesar como las infidencias del General Zelaya.

El señor Fernández Alvarado declaró en el parlamento en forma clara como el agua y terminante como un punto final, que en política el partido republicano marcha uniformemente, cual una plancha de acero y en lo restante cada cual procede a su antojo y amor. ¿Qué entiende por política este maduro y aun magullado representante? ¿El arte de acariciar el lomo grasoso de campesinos candorosos que se tienen por muy honrados cuando sienten sobre sus carnes una mano que quema y estigmatiza lo mismo que un hierro al rojo? No, señor Fernández, no. Política es la ciencia de gobernar; nunca la malabaría de embaucar inocentes, ignorantes o confiados. Luego si en política, en alta, en noble política el partido republicano es un solo bloque duro cómo puede excusarse que el jefe se desprenda cual una astilla en el preciso momento en que se trata de resolver el más grande de los problemas de Gobierno que se han presentado en los últimos años?

Resuelva su actitud el paciente esperanza de la Presidencia de la República, pues de lo contrario corre el riesgo de que se le aplique aquel similitud del hijo de la imaginación del diputado Guardia: es como los avestruces que perseguidos por los cazadores hunden en la arena la cabeza y dejan el cuerpo a ojos vista.

El antifaz del voto negativo es de muy burda trama para que no veamos a través de sus hilos el rostro avergonzado, pálido y torvo del señor Fernández Alvarado, quien con paso lento de buey cansino recorre la más sinuosa de las veredas.

El consultor

El doctor don Manuel Diéguez ha sido nombrado abogado consultor del Gobierno, puesto que estaba vacante desde que cesó en su desempeño aquel gran ciudadano que se llamó Julián Volio. Excusado es decir que la camisa le vendrá bastante holgada al seuo enemigo de don Manuel Estrada Cabrerá y servidor del General Zelaya y de don Alfredo González.

Porque si bien don Manuel Diéguez suele fulminar contra el despotismo ilustrado, aplaude y sirve al despotismo ignaro. Cuestión de gustos y de criterio.

Y conste que nuestra protesta contra ese nombramiento que ha sublevado la opinión pública, no se funda en el gasto de 400 colones mensuales que a Costa Rica causa el señor Diéguez. Nuestra pobreza no es tanta que no podamos dar un auxilio a un abogado sin clientela. Lo que nos hace gritar es la influencia perniciosa que el señor Diéguez ha venido ejerciendo en nuestra política, ya suministrando razones falaces para disculpar una traición, ya aconsejando puñaladas a la Carta Fundamental.

En todo caso debemos reconocer cierta franqueza en el doctor Diéguez, al permitir que su nombramiento fuese a *La Gaceta*. Por lo menos se sabrá de qué partida se le paga su salario, y no estará en el caso de otros consejeros que cobran de los fondos de policía secreta.

Un caso

A la casa de nuestro amigo el coronel don Aristides Jiménez ha llegado una chiquilla. Lo sentimos por Rosita, la buena esposa del coronel.

Y lo sentimos porque como la chiquilla es linda va a sufrir unos celos la distinguida dama.

Hay que recordar que no caben dos mujeres bonitas bajo el mismo techo.

Pero como el coronel es hombre hábil, parece que ya tiene arreglado el modo de que la comente la felicidad de la otra.

Así sea.

Bienvenida

También el hogar del doctor don Daniel Gutiérrez Navas, Magistrado de la Corte de Justicia Centro-Americana, está de fiesta.

Ha tenido un premio.

Una niña que viene a coronar la ventura de doña Adela de Gutiérrez, la dama virtuosa y ejemplar.

Que viva muchos años pero, eso sí, que el doctor le busque el modo de conservarla siempre en los quince.

Antes de entrar en materia

Quando el actual Encargado del Poder Ejecutivo dijo enfáticamente, para repetirlo luego hasta la saciedad, que llegaba al solio cargando a cuestas un fardo inagotable de buenas intenciones por todo caudal de gobernante, dió de sí cuanto de él podíamos esperar los costarricenses y, sin propósito deliberado, se juzgó a sí mismo, de una vez para siempre, con un acierto que no podrán superar los más finos y los más hondos críticos futuros de la vida nacional de hoy.

Buenas intenciones fueron lo que nos trajo, buenas intenciones son lo que nos ha dado y buenas intenciones han de ser lo único que le reconozca la historia a la hora de juzgarlo en el aspecto fundamental de su personalidad política. ¿Le satisfará ese juicio al brillante notario herediano? Hemos de creer que sí, ya que se empeña tanto en merecerlo.

Pues bien, que buena pro le haga, dicho sea sin ofender en lo mínimo los fueros de su empedernida soltería. Pero para los espíritus inquietos, para las mentes que no se acomodan dentro del cartabón esquadrado de los convencionalismos, por respetables que éstos sean, aquel fallo resultará tan lapidario en el caso de autos, como si los jueces llamados a emitirlo, olvidándose de ser historiadores se convirtiesen en naturalistas y nos trataran «al» don Alfredo como un insecto lepidóptero, clavándolo con un par de alfileres y un suave baño de naftalina sobre un papel amarillento, per sécula seculorum, cual si fuese nada más que una marchita mariposa recogida, en un atardecer tan poético como se quiera, en las perfumadas y frescas riberas del Pirro.

En efecto, tener buenas intenciones es una cosa tan extremadamente vulgar, tan ordinaria en la vida, tan común y tan simple, que no hay mortal por pobre y desvalido y oscuro que sea, que no pueda sustentar con sinceridad rayana en heroísmo si preciso fuere, ante las potencias humanas y divinas, el hecho de haberlas tenido, tenerlas o poder tenerlas, a la hora y en la cantidad y forma que le plazca. Desde la serpiente, que de seguro tuvo la buena intención de enseñarle a Eva algo que esta estimable dama no sabía; desde Eva, que cedió a la excelentísima de dar de comer a Adán una espléndida manzana paradisiaca que el inocentón nunca había probado; desde el más lejano rincón de la noche de los tiempos, hasta el 28 de abril de 1914,—digamos,—recorriendo la escala de los genitores trogloditas al sibarítico gonzalismo, la dicha mercancía ha figurado invariablemente entre las de primera necesidad y mayor consumo y, aunque libre en todas partes de derechos aduaneros y de gabelas fiscales, su producción se ha abarrotado tanto en la tierra que, según es fama, a creer lo que las escrituras dicen, Satán ha podido empedrar con este artículo dignificado por la sabia mano presidencial, no ya sólo los salones y numerosas dependencias de su palacio, sino los más humildes pasadizos, corredores y solares del infierno que maneja en virtud de lo imprevisto...

Y eso que es haber universal en el mundo desde que este «recurridor» de bien intencionados existe, reclámalo para sí nuestro Primer Designado con intenciones

que no acabaremos de penetrar, pero que de seguro han de ser buenas como todas las suyas! Es poco precio, en verdad, para tantas desazones como le produce la Presidencia; para tanto escribir mensajes y planear reformas; para tanto hacer camino de automóviles a la ciudad nativa; para tanto dar conferencias económicas a los visitantes del Castillo Azul; para tanto entenderse con consejeros de mayor y de menor cuantía, con diputados de mayor o menor oportunismo, con ministros de mayor o menor obediencia, con amigos de mayor o de menor codicia y con partidarios de más o menos larga zarpa. Esto, por supuesto, sin contar con el martirio de los tres escolares, con la hoguera inquisitorial de las grandes comilonas, con la tortura de los incapables vestidos de china y con la preocupación altamente patriótica de nacionalizar la zona de Golfo Dulce, para que entiendan los panameños que hay hombre en la casa y pongan así en remojo su barba los queridos hermanos de Nicaragua.

Así, pues, allá el señor González Florés en sus empeños de monopolio absoluto del buen intencionismo gubernamental, que en esta arrebatada y pinta de nuestra vida pública talvez algunos avisados le pretendan discutir. Ya él sabe lo que le toca. Ya él puede suponer cómo han de pintarle, dentro de cincuenta años, en las clases de la entontecida archimillonaria Escuela Normal, bien sea en las de historia política, bien sea en las de Historia Natural, que en esto, como antes dije, puede haber disputa.

En lo que sí no debiera haberla es en convenir que el hombre hace lo humanamente posible por merecer el solo dictado a que con tanta fuerza viene aspirando. No estira el brazo, aunque bien largo lo tiene, para ir una pulgada, una línea, un punto más allá de su anhelo reconocido.

Si no, veamos. Cuando el Doctor Durán le sacó de la escribanía para hacerle Designado en ejercicio, él aceptó la cosa con el cristiano propósito de evitarle a otro cualquiera los dolores de cabeza de la Presidencia; y firmó un compromiso de honor, con el alma llena de la buena intención de cumplirlo.

Le achacan los diranistas que no lo ha cumplido ni por el forro. La razón es obvia; si lo hubiera ejecutado como debió hacerlo según parece desprenderse de las cláusulas del célebre documento, se habría salido de la región de las intenciones, para entrar en la de los actos, en la de los hechos, que no es la suya y que por convicción arraigada le está vedado recorrer. Que otros cumplan su palabra; la que él empeñó el 28 de abril, goza del privilegio de no salirse de los cuatro filos del papel. Si esto no es así, me declaro inepto en metafísica; y vaya que estoy dando pruebas de entender algo de esta ciencia difusa y entretenida.

Sobre eso del 28 también se quejan los civilistas, pero por otros motivos. En manos de ellos, Arias es la víctima. Olvidan que Arias es amigo íntimo y compañero de armas de don Alfredo; y no en vano podían pasar sobre su cabeza los sanos influjos y ejemplos del que, para usar una frase popular y pintoresca, podríamos llamar—ya que aquí se acabó la ley de imprenta—su buey derecho. Las promesas de don Juan Rafael al señor Iglesias, sobre que votaría

por él, tan insistente y juramentadamente explícitas en momentos en que ya olía a cacho quemado de Norte a Sur y de Este a Oeste, destilaban el exquisito hidromiel de una santa intención evangélica: conservar a aquel caudillo, por unas pocas horas más, una ilusión gratisísima... no desencantarlo antes de tiempo! Bella obra, digna de un espíritu tan dulcemente primitivo como el del señor Ministro!

Nos ofreció «el» don Alfredo que la democracia tica recibiría un nuevo soplo de vida a su paso por el poder. Tuvo, pues, la sana intención de soplar. Y el bendito ha soplado que es un contento. Es en lo único en que se apartó hasta ahora de su pasivismo de simple bien intencionado; pero no debemos reclamar al respecto, puesto que nos da más de lo ofrecido. A fuerza de tanto soplar, cierto es que el candil democrático se ha apagado; mas la culpa no es suya. Esta recae sobre las tiranías de don Ricardo y de don Cleto, que probablemente le dejaron ya casi consumido. Al comprovinciano del loco Barquero la buena intención lo salva; y, después de todo, no hay que maravillarse, porque suelen a veces las medicinas resultar peores que la enfermedad misma.

En materia de libertades públicas y, particularmente, de libertad electoral y de prensa... Pero no; dejemos esto para el próximo número. Ancha es la tela, no muy onicida la tijera y, en cuanto al cortador, abunda en intenciones de no dejar de decir nada de lo que en ACTUALIDADES tiene que decir.

Sólo que, como ya se acercan las fiestas de la capital y no estaría dispuesto a ir a hacer una temporada de verano al cantón de Osa sino de enero dos en adelante, declara a los cuatro vientos que si algo hubiese en estas líneas contrario a la fe gonzállica o a las buenas costumbres, debe tenerse por no escrito.

MONSIEUR DE BERGERET

Las cosas de antaño

Si, antiguamente también se realizaban arbitrariedades, pero a pesar de todo se notaba un mayor grado moral en nuestros hombres.

Recordamos un episodio de la administración González Víquez. Realizaba don Ricardo Jiménez la más fuerte de las campañas que se han efectuado en nuestra corta vida. Las barras entusiasmadas hacían ruidosas manifestaciones contra el gobierno. Entonces el señor Ministro de Gobernación don Pánfilo J. Valverde mandó que fueran despejadas, en un momento de ofuscación.

Pero un instante después, recobrada la serenidad de espíritu de aquel hombre probo, el señor Ministro de Gobernación renunciaba. Por su parte el Presidente de la República, amigo y estimador del Ministro aceptó la renuncia, contra su voluntad acaso.

Prueba de republicanismo, que como van poniéndose las cosas no hay trazas de que se repita.

Hoy se cometen arbitrariedades rusas, friamente, deliberadamente y el mundo sigue rodando.

Después de la interpelación que se llevará hoy a cabo, renunciará el señor Ministro de Gobernación o el de Guerra, quien quiera que sea el culpable?

No lo creemos.

Los de antaño eran otros hombres.

Me vendo o me alquilo

Hay puritanos que consideran poco menos que réprobos, dignos de las penas eternas, a quienes se dan el lujo de volcarse a otro partido.

Me parece una exageración.

Ese es un negocio como otro cualquiera, y los negocios son lícitos, siempre que con ellos no se vulnere la libertad ajena.

Desde el partir, el volcarse del partido que manda al que padece a los mandatarios, no tiene nada de malo, sino todo lo contrario, porque prueba desinterés y no da la idea del anhelo de logrerías. Lo que esos puritanos censuran es el hecho de volcarse al partido que tiene la sartén por el mango.

Repito que no estoy de acuerdo.

«Pos no stic conforme», como dice Chananet.

Está usted bien pobre, con hartito pelo, y sin con qué mutilarse. El tendero de la esquina dice que nones. La señora dice que pares, y así, entre pares o nones, se va la vida, comiendo mal un día sí y otro también.

A todas éstas, usted la mar de republicano (o de olímpico, si son los olímpicos los que mandan).

Usted la mar de recto.

Sus copartidarios admirándolo.

—¿Quién? ¿Caralampio Ronquete? ¡Ese es un carácter!

—¿Caralampio? Hombre de una sola pieza. Un olímpico decidido.

Y sigue usted hecho un carácter y a la hora de comer, a ver si en el plato número único le ponen sopa de carácter.

En tanto se asoma usted a la puerta de la calle—si es que no está usted en el hospital—y ve pasar en coche a sus antiguos amigos Restituto Aguinaga, Cucufate Majoré y Monumento Reiventa, hechos unos lores, porque supieron publicar a tiempo una manifestación concebida así, sobre poco más o menos:

«Nosotros, persuadidos de que el partido republicano es el único que ha de llevarnos a la meta de nuestros altos destinos, declaramos que desde hoy nos afiliamos bajo su gloriosa bandera y demás.»

Después los periódicos republicanos, deshechos en elogios, afirman que aquellos son tres lumbreras—a lumbrera por joven—y que hay que acogerlos bajo la susodicha gloriosa bandera.

Y los tres jóvenes que protestaron a tiempo, pasan en coche, porque llegaron a la «meta de los altos destinos», mientras usted, el íntegro—o el «íntrigo», como dice su señora, que es algo bestia—está parado en la puerta hecho un recto, hecho un idiota y sin tener qué echarle al puchero, porque no ha sabido volcarse a tiempo.

Por eso, lejos de reprochar los oportunos vuelcos, debemos admirar a quienes son, como dicen los gitanos, «unas jormiguitas pa su casa», puesto que miran convenientemente por su bienestar y el de los suyos.

Y lo que digo de los republicanos que se hacen olímpicos, lo afirmo de los olímpicos que se volteaban a republicanos cuando aquellos eran los dueños de los «altos destinos».

Por todo esto se me pasan antojos de volverme republicano; pero eso sí, a la faja: dando y tomando. Yo que me «vuelco» y el Gobierno que me nombra algo, pero algo gordo.

Hay precedentes de individuos que no va-

len nada o valen muy poco, y son hoy unos personajes, con más ínfulas que un bajá de tres colas y más bambolla que un mandarín de botón azul, porque supieron publicar su protística, tras de la cual vino la credencial.

Una voltereta oportuna es la mitad de una carrera política.

Y en refuerzo, ahí está Linimento Muriel y Tulipa.

Linimento no ha tenido nunca bueno, sino el nombre, que siquiera sirve para el dolor de cabeza. La mar de opositorista el hombre. Pero opositorista y todo, no ganaba sus realitos sino cuando había elecciones, porque lo nombraban secretario de las mesas de votación.

Pues un día estaba Linimento a punto de hacer un daño, muriéndose de irritado, porque para eso sí servía—y sigue sirviendo—: para sacar unas crónicas domingueras que lo dejaban con hipo para una semana entera.

Estaba el hombre hecho un sauce llorón, cuando leyó en un periódico el siguiente suelto:

«El distinguido caballero don Martirologio Consuegra, acaba de ser lanzado candidato para diputado. Los grandes méritos del joven Consuegra, quien hace poco salió de los errores del opositorismo, dejando coincidentemente el licor, lo hacen *acto* para ese puesto y hasta para el de Ministro.»

Linimento, como pudo, porque la debilidad le impedía alzar la mano, se enredó una sangiguada y exclamó:

—¡Martirologio de diputado! ¿En qué país vivimos? Pero si Martirologio no sabe dar el vuelto de una moneda de cincuenta. Yo también...

Esté «yo también» fué el «sésamo» para la caverna de sus ideas.

Sin vacilar, flechóse al redactor del periódico donde había leído el suelto, y entabló este diálogo:

—Caballero, yo soy olímpico y vengo a protestar contra...

—Pues para esas protestas váyase usted a *La Linterna*.

—No, señor; es que voy a protestar contra las ideas mías porque ese partido no promete...

—Por supuesto, señor, siéntese usted. Linimento se sentó, encendió un cigarrillo que le ofreció el redactor y agregó:

—Después de muchas hambres...

—¿Cómo?

—Que después de muchas hambres de ideas sanas, quiero ingresar a...

—Por supuesto.

—¿Al Presupuesto? ¿Tan pronto?

—No; que por supuesto; que es natural que un joven como usted, de talento...

Linimento se abrochó el saco-levita.

—Es natural que ingrese a nuestras filas un joven tan ilustrado como usted...

Linimento se sacudió los botines.

—... un joven que hasta por su figura prócera...

Linimento se alisó el pelo.

En todo caso esto sucedió hace dos años, y por ahí he visto a Linimento en coche, fumándose unos puros inverosímiles, que hasta me parece que valen cincuenta centavos al menudeo.

Decididamente me vuelco.

De modo que vayan viendo qué hacen conmigo, porque me hago nombrar algo, algo gordo.

Lo menos Representante.
Y no haré mala figura en la curul pidiendo la palabra.

—Pido la palabra, señor Presidente.

—La tiene el Honorable Representante...

—Es para decir que... yo... en fin... que... estoy... propongo que a las curules se les ponga un cojincito, porque yo estoy algo flaco... pues... y me mata mucho la tabla pelada.

Ya me está doliendo un ojo del naranjazo que me tiran desde la barra.

Y eso es lo que merecen algunos Representantes que vienen porque los mandan.

JULIO VIVES GUERRA

Bibliografía

Cuentos Grises.—POR CARLOS GAGINI. Falcó & Borrásé, Editores.—El nuevo tomo de las EDICIONES MINÚSCULAS, editadas por los señores Falcó & Borrásé y a cargo de los señores Francisco Soler y Julián Marchena, es una colección de cuentos del maestro Gagini, que contiene los siguientes en 81 páginas de lectura, nitidamente impresas:

A Paris, Espiritismo, La leyenda del prestamista, La bruja de Miramar, El tesoro del Coco, El silbato de plata, Marcial Hinojosa, El secreto de Lelia.

Esas ocho producciones del ingenio del señor Gagini, escritas en la correctísima y nutrida prosa que se caracteriza por la sencillez y la elegancia, se leen con la íntima delección que causan en el espíritu todas las obras de aquella pluma privilegiada. Los CUENTOS GRISOS son modelo en su género, tanto por el inspirado vuelo de la fantasía, como por la pureza del estilo, que puede servir a nuestros jóvenes literatos como norte y guía de sus labores primogenias, sacándoles a tiempo de los retorcimientos y caprichos morbosos en que suelen perderse tan lastimosamente hasta las mejores capacidades. En este sentido, la obra del señor Gagini, del maestro siempre respetado y querido por los costarricenses, es de carácter docente como todas las suyas, que a la par que solazan la inteligencia, la ilustran y la fortifican.

Libros como CUENTOS GRISOS es de los que no necesitan de recomendación ninguna y menos de la nuestra, tan falta de autoridad en asuntos de bellas letras; pero estamos seguros de que quien quiera que lo lea agradecerá el aviso que damos de hallarse a la venta al ínfimo precio de veinticinco céntimos, que no representa en verdad ni el valor material de cada tomo.

Agradecemos mucho el envío de la nueva edición minúscula y felicitamos desde luego al señor Gagini por el merecido éxito que alcanzará en el público con sus hermosos CUENTOS GRISOS.

G. V. C.

De Administración

Las personas que deseen adquirir el primer número de ACTUALIDADES pueden solicitarlo a los agentes de *La Linterna* o bien pedirlo a la Librería de Falcó & Borrásé, 7.^a Avenida Este, N.º 42, Apartado 638.

El precio de suscripción es un colón, serie de 10 ejemplares. Pago adelantado.

Vendrá? No vendrá?

¿Ha pensado la Representación Nacional en Asdrúbal Villalobos y en Gerardo Mata-moros? El país está en el derecho de saberlo.

Son dos costarricenses, dos hermanos cogidos por el cuello y lanzados a una playa remota, en donde los acecha el dolor y la muerte.

Si han sido delinquentes, su puesto lo señala la ley en el banquillo de los acusados; y si no han merecido el rigor de esaley, ¿por qué se ciernen sobre ellos, impunemente, la salvaje mano del crimen?

¿En qué tenebroso raciocinio se fundan los hombres del Gobierno para atribuirse el derecho de juzgar y castigar a sus enemigos?

¿Qué miserable desenfreno los arrastrara a profanar de este modo las leyes que están bajo su guarda y custodia? Mediten con sinceridad estos hombres,—si es que aún lo permite su linaje moral—, en los efímeros frutos de esas ruines satisfacciones de venganza; y pesen esos frutos con los títulos de deshonor que les conquistaron, a ver si tiemblan ante el deplorable balance de cuentas. A cambio de la sonrisa cínica de un día, el baldón para toda la vida—y más allá!

El Espíritu Santo dijo: «*Curam habe de bono nomine*. Cuidados de tener un buen nombre». Y de esto deben cuidarse más que nadie aquellos que tienen en sus manos la suerte de una nación y el bienestar de sus hijos: ¡ay de tales hombres, si de servidores que son se tornan amos y si faltan a la fe que juraron, porque su nombre será justamente, eternamente escarnecido! Y su pecado, como el pecado original, pesará sobre los hijos de sus hijos, ya que la deshonra del malvado que labra la desdicha de un pueblo, por grande y por negra, se pena con estigma transcendental.

Más, volvamos a nuestra Representación Nacional: ¿por ventura, no le van ni le vienen estas cosas? Ha sido pisoteada, con una garantía individual, la Constitución de la República; y la Cámara ha guardado hasta la vez un silencio de enuoco. Ella, que es la encargada de velar en todo momento por el lustre de las instituciones, habrá de ser mudo testigo de una injuria de lesa nación?

Hoy lo hemos de ver, hoy que se provo-que la interpelación del Ministro Arias, autor a lo que parece de todo este desaguado.

Esta interpelación no podrá abortar, desde que la Cámara sentó ya el precedente de que toda coyuntura es buena para recabar informes verbales de los Secretarios de Estado—, en ocasión en que el Representante señor Anderson interpelló al de Hacienda. La Cámara se pronunció entonces, casi a la unanimidad, en el sentido que queda dicho, explicando de este modo que la limitación constitucional del artículo 70, se contrae a

lo resolutivo, mas no al campo de la vía informativa en que se hallare empeñada la salud pública, pues más que un derecho es un deber de la Cámara celar perpetuamente el estricto acatamiento de la Carta Fundamental.

Es verdad que cuando se sentó esa jurisprudencia, los diputados adscritos a don Máximo Fernández disfrutaban del permiso de mortificar al Gobierno, y que ese permiso fué fugaz y les ha sido cancelado; pero es de creerse no obstante, que esos diputados se sentirán más ligados—por su propio decoro— a su conducta de ayer, que a las novísimas oportunidades de la política tornasol en que militan. Y los que se restan a esta necesidad de un deber supremo, serían mil veces indignos de su investidura y hasta del calificativo de hombres de bien. Pero no habrá entre todos uno solo que se imagine que así podría burlarse la confianza de un pueblo; y si lo hubiere, que lo diga, para mostrarle la puerta de ese angusto recinto, en el cual sólo tienen asiento los fieles servidores de la Patria.

Aparte de que una resolución contraria a la interpelación, tras el antecedente que señala, entrañaría de necesidad una injusticia manifiesta y una mala fe evidente, dos cosas que deben proibirse de las augustas asambleas de un pueblo. «El fundamento de la justicia, dijo Cicerón, es la buena fe»; y el gran rabí de Galilea gritó una vez a los fariseos: «Vosotros olvidáis lo principal de la ley, la justicia y la buena fe».

Se espera, pues, que la Cámara tenga la buena fe de conservar su propia opinión, y que le ofrende al país que ella representa, si no la justicia que fuere menester, al menos la de proclamar que sus más sagrados derechos han sido hollados.

Se espera que la Cámara haga venir a don Juan Rafael Arias, a ver si él nos dice por qué castra la libertad del pensamiento y por qué arroja del hogar—al lo hiciera un libreto de mala entraña— al pueblo, su amo y señor. A ver si nos dice este ugiar improvisado, cuáles son las credenciales que lo han erigido, entre nosotros, en dueño y dispenedor de la libertad ajena. A ver si nos dice por qué paga esos honores cívicos que le deparó la ciega fortuna, con vil moneda de ingratitude y de maldad.

Aún no conoce nadie un acto que enaltezca al señor Arias; nada sabemos siquiera de sus luces, ni de sus esfuerzos, ni de sus energías creadoras. A cambio de los fáciles beneficios y honores que recibe, él tan sólo ha ofrecido a Costa Rica lo que ha podido dar de sí: el secuestro y la deportación de sus ciudadanos.

Si esto no es cierto, y si el señor Arias da de sí algo mejor, hoy lo encontraremos junto a la Cámara. ¿Vendrá? ¿No vendrá?..

VICTOR GUARDIA QUIRÓS

Hojas de un libro

John M. Keith

Mister Merry, el simpático Ministro, le decía Juan Keith. Resulta cómica la traducción que en el afán de lucir galas españolas (en el idioma) hacía el Ministro.

Nosotros le decimos Mister John.

Tiene un gesto especial: parece que va a reír y se queda serio; hay un destello juguetón en la mirada que se esfuma rápido y deja

en su semblante la impasibilidad del caútero.

Al revés de lo que pasa en su espíritu. Al iniciar la conversación se dibuja el pesimista: todo está malo y va para peor: la situación está oscura, en el horizonte cabrillean rayos amarillentos precursores de recia tempestad. Pero cuando la conversación termina ya se advierte que aquel corazón es joven y lleno de bondad; el pesimismo se disuelve en un sincero altruismo que lo caracteriza y define.

Sabe de números; sus consejos en finanzas tienen enorme peso; sabe de ética, pues es gran estudioso y pide a las serenidades de la filosofía su constante consejo y su severa disciplina; no baila, no juega, no oye misa; da limosna en forma silenciosa; todo indigente tiene llave para su bolsillo, está quedándose calvo, es amigo leal, modelo en el hogar y en lo social; y fuma unos puros muy grandes.

Hace largos años que es el papá del Hospital. Desde Sor Luisa, que en su visita diaria lo acoge con el plácido semblante con que acogería a Vicente de Paul, hasta el último estropeado de la suerte, inválido de esperanzas muertas, efigie del dolor sin fin, todos, en aquella casa lo veneran. Las manos de las monjitas son más suaves; las úlceras de los desgraciados duelen menos, cuando Mr. John pasa por los hermosos salones donde la caridad abriga al infortunio.

Y eso dura hace años; y Mr. John no se cansa de ser bueno, de ayudar, de dirigir, de mejorar la santa casa, siempre sonriente y haciendo serio.

Yankee rubio y colorado, bendito sea!

Tres feas

La mayor es una mora. Le decimos Chabela, pero debía llamarse Zulema. Al mirarla se recuerda a las mozas que hace muchos años paseaban sus arrogancias cabe la enhiesta Giraldal y dejaban pasar en la cumbre de sus ojos los fulguros africanos más intensos con el fuego andaluz.

Zulema evoca el poético mundo de amor y de poesía que cuajó sus ensueños de artista en los encajes del Alcázar de Segovia; que escribió un poema con las piedras de la Alhambra; mundo ardiente y de pasión en el cual el garrido mozo roba a su señora y con ella vuela envuelto en los pliegues de la noche, sobre el brioso y nervudo potro; ella, suelta la undívaga cabellera que el viento besa; él, cubierto con flotante y niveo albornoz; ella, valerosa ante el peligro, sentada indolentemente en la grupa y agitando en el correr desalado de la bestia el pie menudo, prisionero del borceguí; él, con su barba color de cuervo y la mirada brillante de amor y de desafío, desnuda la fulgurante cimitarra y presto a defender hasta la agonía la adorable prisionera de su amor; mundo por el cual lloró Boabdil. De allí es la poética Zulema.

O debiera ser, porque su tipo incomparable es único en las calles de San José. La princesa mora no parece hija de estas tierras. Aquellos ojos profundos, insondables, de luz melancólica e intensa; la cabellera negra como un abismo y rizada como el mar con suave brisa; aquel talle de flexible palmera, aquel andar de poesía viviente, así es Chabelita Jiménez... y eso que ustedes no la han visto con un pie en el peldaño de la silla, con el busto graciosamente inclinado, con los dedos largos y afilados arrancando quejidos a la guitarra y con la mirada de sus ojos infinitos perdida en el horizonte, evocando la imagen de algún apuesto abencerraje; no, ustedes no la han visto tocando guitarra, que si la vieran habrían conocido la musa que inspiró a Mahoma, el gran poeta!

La cabellera de Emilia es de oro quemado; la nariz de corte maravilloso, de línea impecable, fuera modelo para el artista ateniense; la boca es un botón de rosa por donde ape-

nas alcanzan a pasar las perlas de su risa juvenil.

Para ella hubo elecciones—sin presión oficial—sin recursos de habeas corpus, sin que Pellico se mezclara; y el voto limpio afluyó a sus plantas y le hizo su pedestal de reina.

Y reina de la belleza fue proclamada.

Se me antoja que en la teogonía de los artistas la otra, la número tres, sería la espléndida diosa de la noche.

La cabellera y los ojos ¡qué negros son! Los ojos son profundos y a la vez tan sonrientes e iluminados! De su faz de perfección impecables se desprende, cuando sonríe, un effluvio atrayente e hipnotizador.

Berta está en el crepúsculo matutino de su juventud. Es la diosa de la noche, de su color tropical, incomparablemente bella y que se apresta a convertirse en aurora.

Tales son las tres feas.

A pesar de los cincuenta

—Pero Doctor, me decía un amigo colombiano (a orillas del Magdalena, el que no es doctor llegará a serlo) pero doctor, ¿qué edad tiene usted?

—Medio siglo.

—Y con tamaño fardo a la espalda está usted de humor para hablar de los ojos negros de Berta y del oro quemado de Emilita y de las crenchas de ébano de Chabela?

—Pues verá usted. Cuando el dogal no aprieta mucho se me olvida la viejera: me place guardar las penas y olvidar los desengaños: me doy a creer que los hombres son buenos, que la ira no es furia amarillenta, que el bien ajeno no ha de desvelarme; y canta dentro de mí un eco vago de mi lejana juventud. Así soy y así moriré.

Y creo que hago bien porque oiga usted, mi amigo: ¿No es verdad que los labios se llenan de amargor cuando pensamos en la fraternidad europea y guardamos con desaliento las páginas de Norman Angell? Aquel cuadro de locura delirante que dibuja sus sanguinolentos contornos desde las cumbres cuasi polares hasta los sonrientes Pirineos aflige el alma. El Czar, padre de las conferencias de La Haya, lanzando el alud de sus cosacos sobre campos de desolación: Alemania sosteniendo el trono de ips Hohenzollern sobre montañas de cadáveres; Francia cantando su Marsellesa con el pecho desgarrado por el obús: los desventurados belgas abandonando su derruido hogar para ir a la esclavitud... no, eso no divierte.

Asdrúbal Villalobos balanceándose sobre las espumas olas, en frágil gasolina, victimado por iracundias infantiles, revancha de la dolida epidermis de la vanidad y hecho mártir porque fué valeroso... no, eso no divierte.

Las tercerillas descontadas al doce por ciento en este mes de angustias y de Feria y de Niño Dios y de confetti... créalo, eso no divierte.

La Corte Suprema con un palmo de nariz, el habeas corpus herido, la justicia con un velo, el timbre de orgullo nacional ensombrecido... no, eso tampoco divierte.

Los nuevos impuestos—legión famélica—entrando con paso de vencedores: la Fábrica flamante, la Aduana con garfios, las fincas temblando, la renta entumecida, el timbre cruel, Dragón en la plaza, el pueblo azorado, los Diputados aprobando... no, eso tampoco divierte.

El teléfono que no comunica si no da us-

ted el número, el bombillo amenazante, los huecos de las cocinas más hondos, el temporal que no se va, el puente de la Barranca que sí se fué... no; esas cosas no divierten.

Mejor seamos Pangloss y doblemos la hoja: digamos que todo está de lo mejor en el mejor de los mundos.

En vez de la batalla europea ocupémoslos en la próxima batalla de flores: no escrutemos el porvenir para que él nos diga cuál nueva, negra desilusión nos prepara la urna electoral y pidámosle al presente otra velada de Zelmira: olvidemos que sobre los hom-

bros del impuesto viejo se encarama el nuevo y aplaudamos el baile tenue y gracioso de Clementina Medal.

Riamos, amigo, riamos hasta reventar los botones del chaleco: riamos para no llorar porque emporcaremos pañuelos y el lavado está muy caro.

Y confiemos en el porvenir: tal vez pronto llegue Dorita, el encantador ángel de níveas alas, y la guerra se acabe y los impuestos se deroguen y Asdrúbal vuelva a Heredia y Arias también.

LEONIDAS PACHECO

De los de antes

El padre de Asdrúbal

Le vi por primera vez cuando presentaron el recurso de amparo a favor de su hijo

Es de resuelta traza: el bigote recortado, de color gris como la ceniza del cigarro que no aparta de los labios; grises también las tupidas cejas, que hacen sombra a unos ojos azules y penetrantes; el ceño adusto; corva la nariz; y en todo el rostro, un tinte rojizo cual si estuviera junto al fuego.

Tendrá cincuenta años y aún se adivina en todo él, la fiereza que, allá en los buenos tiempos de su mocedad, hizo que le llamasen «Chico el guapo»; tiempos de hidalga bravura en que dió ciento y raya a los más osados de su pueblo, ya cuando por

mano propia vengaba afrentas, ora cuando intentaba conquistar la preferencia en el corazón de la moza campesina, sonrosada e ingenua.

Ahora—es natural—la ausencia del hijo le apesadumbra, le mortifica. Sus palabras, bien escasas por cierto, son de temerosa inquietud, de constante zozobra. Y como el dolor a cada instante crece, camina encorvado, con la mirada fija en el suelo como si buscara algo que se le hubiese perdido, en continuo desasosiego, sin noticia de la suerte que corre el muchacho que le arrebataron, honra de una casta sana con arraigo en la montaña, como los cedros.

JULIÁN MARCHENA

LA BÉLGICA MÁRTIR

Noche conventual

Un compañero me invita a pasar la noche en el departamento de los niños infecciosos, a cargo de la hermana Julia. Es el más pequeño de todo el hospital y está en el lugar más apartado, junto al Ourthe, río sin ímpetus y sin velas, ciñendo mansamente el caserío industrial de Bressoux. Desde sus ventanitas se ve la línea suave que forma las colinas, que ocultan los fuertes, y el musgo brillante de la vieja Chartreuse.

El pabellón de la hermana Julia está en un lugar de paz conventual. Hay una marquesina a la entrada, tres escalones de piedra azul y un par de zuecos, que seguramente acaba de abandonar allí la enfermera. Al lado de la escalera están un cómodo sillón, dos mesas pequeñas con algunos juguetes rotos y, un poco más lejos, un árbol grande, hermoso, más alto que el pabellón; desde sus ramas vió el jardinero a los primeros alemanes. Antes de la guerra cantaban en él los ruiseñores, celestes compañeros de la hermana Julia.

Se nos recibe con cariño. Somos muy buenos, pues ya no tendrán miedo los enfermitos cuando sepan que dos papás dormirán con ellos. Visitanos las salas. Casi no hay paredes, se han preferido las grandes ventanitas; el niño necesita aire y luz, como una planta. Un pequeñín nos saluda y quiere besarnos antes de dormirse; pero no se lo permite la hermana. Otro, Luciano, grande como una escoba sin mango, se divirtió mucho con el bombardeo, los tambores y los pifanos. La hermana Julia va a buscarnos huevos frescos, tartines, mermelada y café frío.

Mientras mi compañero y yo comemos, nos cuenta sus impresiones: «Esta guerra estaba anunciada. Desde pequeña—y ya soy vieja—of decir en mi aldea que día vendría en que los campos se cubrirían de gris, y la sangre llegaría al encuentro de los caballos, y las chicles tendrían que subir a los árboles de las huertas para distinguir a un hombre, ¡tan pocos quedarían! Y ya ven ustedes: los alemanes están vestidos de gris y los campos de Lieja están cubiertos de cadáveres.»

Observo con curiosidad la carne de la hermana Julia. Nada falso hay, todo es disciplina, oración, luz, idealismo en la práctica de caridad. Acepto la poesía de su leyenda, mi alma necesita palabras proféticas para soportar la magnitud del desastre.

«Yo los he visto pasar días y noches—continúa la hermana—. Venían de Bressoux, de la Chartreuse, desfilaban a lo largo del Ourthe, pasaban el puente y entraban en la ciudad. ¡Qué triste es esto, señores, qué triste!... Durante los días que hubo afluencia de heridos en las otras salas, me trajeron aquí, entre mis niños, a un alemán y a dos belgas. Cuando se oía el rodar de los trenes de artillería y la música de los pifanos, el alemán se erguía, sin quejarse de sus lesiones, y aclamaba a los regimientos del Rhin; los dos soldados belgas lloraban en silencio, vueltos contra la pared para no ser vistos; pero yo los vi.»

Llega la hermana Blanca, viene a arreglarnos las camas por orden de la superiora, pues la hermana Julia es ya muy viejecita, aun cuando no lo aparente. Nos deseamos las buenas noches y en seguida nos retiramos mi compañero y yo.

La vela se consume lentamente sobre la mesilla.

Un profundo silencio nos rodea, sólo interrumpido por la tos de algún enfermito y los pasos solícitos de la hermana Julia. Voy a dormir muy a gusto en este rincón en donde se trabaja para el cielo. ¡Qué apacible vida! Rezar, curar niños, comer con frugalidad, dormir poco. ¡Desde hace quince años la hermana Julia repite diariamente lo mismo!... Buenas noches, dulce, sencilla, virtuosa y patriótica hermana. Todo en ti es natural, todo está dicho desde hace siglos. ¡Por qué no me hablaste del libro de Job!... Recuerdo estas palabras. «Dios me ha privado de mi gloria; él ha quitado la corona de mi cabeza; él me destruye de todas partes; él ha arrancado como un árbol mi esperanza.»

«Tienes razón, buena hermana, es Él quien lo ha dispuesto así. ¡Pobre Bélgica amada!»

Me levanto temprano, respiro con deleite el aire fresco de la mañana. Cerca del pabellón veo una huerta cuidada con esmero; es la huerta del convento... ¡Pero qué satisfactorio es respirar el aire cargado de humedad y de perfumes!

¡Lindo rincón de hospital, con niños enfermos! Vuelve a oírse el cañón. ¡Oh, ese cañón!

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

Hombres y sombras

Hay hombres y hay borrosas proyecciones; almas sustantivas y lejanías secundarias; realidades y calificativos incoherentes; piedras de fuerte contextura y barro deleznable.

Los hombres tienen un valor efectivo, una moral definida y por hacerla imperar llegan hasta estrangular la propia conveniencia.

Los otros, que pasan por el mundo enfundados en una apariencia humana que les viene como un traje prestado, son la proyección de situaciones más o menos dudosas, y como resultan intangibles a fuer de no existir, jamás se ven comprometidos, así los instigue la más noble de las sugerencias.

Don Mauro Fernández, don Ricardo Jiménez, don Cleto González Víquez. He allí tres hombres, reales, efectivos, tangibles y apreciables a pesar de los defectos que deben de tener, defectos correspondientes a sus propias virtudes.

Observemos a estos tres hombres en sus faenas parlamentarias. Pronunciábanse en este sentido o en el otro. Inmediatamente asumían una postura gallarda y no penetramos en el fuero de las intenciones que poco hacen al caso. Levantaban una bandera y emprendían un rumbo en lucha airada. Jamás renunciaron a defender sus causas, asumiendo actitudes de poste que siente impasible el curso de las corrientes, de mojon que define una línea a virtud de pesada inamovilidad o de caja de caudales cuya complicada combinación guarda secretos comprometedores y es preciso no violentar.

Cuando alguno de estos hombres—y hombres tan ilustres como ilustrados—ocupó la presidencia de la Cámara supo abandonarla en el mismo momento en que una causa reclamó el subrayado enérgico de sus palabras.

En cambio allí está don Máximo Fernández. Ahora lo tenemos de cuerpo presente. Y por más que hacemos con el fin de precisarlo no logramos encontrar al hombre. Es siempre el poste quieto, el mojon incommovible, la caja de caudales impene-trable. Háse pronunciado en contra de los impuestos territoriales. Pero a pesar de las proporciones grandiosas del problema nada lo mueve, nada arranca una palabra de sus labios, esa cerradura cuya llave parece haberse perdido. A don Máximo, puede decirse sin temor alguno, se le ha perdido el hombre; y no logrará encontrarlo. Pues si lo tuviera dentro del cuerpo, dada la posición que en nuestro concierto ocupa el tal, no consentiría que aquello que él tiene por conveniente en el debate actual rodara hacia el abismo por falta de un argumento convincente; nadie le exige hacer de su oratoria una baraja rica en figuras; le pedimos solamente un grito de protesta ante la resignada y obediente conspiración que se está llevando a cabo, contra las convicciones que lo animan.

Salvo el caso muy comentado y muy posible de que el señor Presidente de la Cámara mienta una actitud ahora como otras veces.

Y no por ello ha de salvarse de que la opinión, honrada le tenga por una lejanía secundaria, por un adjetivo oscuro, por una sombra vaga...

ARMANDO SUE DE LIS

LIBRERÍA FALCÓ & BORRASÉ

SÉPTIMA AVENIDA, ESTE, No. 42

El Maestro y don Cleto

San José 7 Diciembre 1914.

SEÑOR EDITOR DE ACTUALIDADES

Señor:

Acabo de leer lo que dice su edición de hoy a propósito de un mi compatriota, y permita usted manifestarle que Herr Joltanis Kumpel, si dijo: «payaso de la oratoria» por el ilustre ciudadano y ex-Presidente, fué sin duda por compararle a Cicerón, a quien llamó un émulo suyo: «Securra consularis», ¿sabe usted?, «Bufón consular», o «Cónsul payaso».

Además, por mi larga experiencia universitaria, sé perfectamente que todo orador hace reír, siempre que se le antoja, a costa de sus adversarios, desde Demosthenes—cuando acentuaba mal una palabra para llamar a Eschines «asalariado» en vez «huésped» del Rey Philipo, y cuando les contó a los Athenienses el cuento de «la sombra de un burro», para que dejasen decir algo, más importante a la República que dicha sombra y el pleito del arriero con el estudiante—hasta este bueno de don Cleto que, si en vez de leer hablara, entregado a su genio y su ironía, pudiera suscitar bastantes «sombras», más o menos anales, y alterar bastantes acentuaciones, dentro y fuera de casa.

No hay, pues, que recordar Palizas de la Puerta del Sol Pero me parecen clásicos los versos de Aquileo:

*Ningún cristiano está zafó
de cualesquier contingencia.*

Respetuosamente,

VALERIANO F. FERRAZ

NOVEDADES DE ESTA SEMANA



La evolución de Gabriel D'Annunzio, Gonzalo Zaldumbide. Precio: ₡ 2.25

Cervantes, revista mensual Ibero-Americana. Precio: ₡ 1.60

Londres, Julio Camba. Precio: ₡ 2.25

La cultura filosófica en España, José Ingenieros. Precio: ₡ 2.25

La copa del rey de Tule-La musa enferma, Francisco Villaspesa. Precio: ₡ 1.75

Mi nuera y mi querida, Pierre Valdagne. Precio: ₡ 1.30

La ciencia del beso, hermosa novela original de V. de Saussay. Precio: ₡ 2.00

El filósofo rancio, novela de Fray F. Alvarado. Precio: ₡ 1.00

Memorias del Regente Heredia-Monteverde, Bolívar Boves, Morillo, por I. F. Heredia. Precio: ₡ 2.50

Las vírgenes locas, Vicente Blasco Ibáñez. Precio: ₡ 0.15

Ensayos de Historia Política y Diplomática, Angel César Rivas. Precio: ₡ 2.40

Séptima Avenida, Este, número 42.

LEA USTED

LAS VÍRGENES LOCAS

(Cuentos de la guerra)

Acaba de ponerse a la venta este hermoso folleto de Vicente Blasco Ibáñez. Precio: 15 céntimos. De venta en las librerías FALCÓ & BORRASÉ y frente al Correo.

La risa

Dichoso el pueblo que sabe reír, se ha dicho, y con razón, cuando su risa es producto de sanas alegrías. Grande el pueblo que sepa sonreír—dijo otro—porque la sonrisa—lente de aumento con que se ve el ridículo—es fruto de imaginación y de razonamiento, que pone valladares a ridículas importancias ampulosas y recorta a sus justas proporciones el gesto.

Y nosotros reímos, y a veces llegamos hasta sonreír! Pero cuál nuestra risa y en qué ocasiones!

Cuando la justa indignación arria su bandera fracasada en nuestro sentimiento, sube al asta de las inconciencias el gallardete burlón.

Ensayamos previsoramente la burla en nosotros mismos, para que al tocarnos la agena burla no nos halle desprevenidos, y así nos acostumbramos a reír de todo.

Pero donde nuestra risa tiene ecos más sonoros es en el tablado de lo trágico. Cuando las más altas cosas tienen hipo de muerte, las coreamos con risas. Y lo que pudiera ser considerado por unos como máscara a que la voluntad nos obligó en farsa de estoicos, no es sino la careta de Momo amparando en sus arrugas nuestras iras.

Pero en verdad tendremos iras?

Tanto y tanto hemos usado la careta, que a su igual se ha modelado nuestro rostro y quizá nos sea imposible salir a la escena, actuando en otro papel.

Y la cara,—que fuera naturalmente imagen de nuestro interior,—pudo influenciar-nos inversamente hasta plasmar a su semejanza nuestra alma.

Identíco ahora interior y exterior ¿No saldremos jamás de ese círculo vicioso?

ROBERTO EL DIABLO

Libro nuevo

Desde lejos.—El señor director del importante diario *Cuba* nos envía desde la Habana el último de sus libros publicados.

Desde lejos que así se titulan las páginas del observador don José R. Villaverde—es una sucesión de impresiones recogidas recientemente en Europa.

No hay que buscar en este nuevo libro maravillas literarias ni raras sutilezas. Es lo que pudiera llamarse un libro normal. Justeza firme en el concepto, certidumbre en la observación, he allí las características de estas páginas útilmente amenas.

Reciba el señor Villaverde nuestras felicitaciones.

LOS GRANDES PENSADORES

A TREINTA CÉNTIMOS TOMO

Páginas escogidas, Victor Hugo.

Las clases sociales, F. P y Margall.

Miscelánea filosófica, Voltaire.

La propiedad, P. J. Proudhon.

Crítica del Cristianismo, F. Laurent.

Temas varios, Eduardo Benot.

El Hombre y la Tierra, (Frag.) E. Reclus.

Las Ciencias históricas y las Ciencias naturales, Ernesto Renan y Marcelino Berthelot.

Crítica social, Emilio Zola.

De los Jesuitas, J. Michelet.

y ver—con espanto—la posibilidad de la completa paralización del comercio, fenómeno que privaría al gobierno del goce de aquellas rentas. Y no contento con las sombras amontonadas en este cuadro, las realiza con tristes y fatídicos augurios para el negocio del café.

Como estos pronósticos de desventuras pueden ser muy peligrosos para los cosecheros de ese grano, aunque no para los exportadores, que saben más del asunto que el señor Encargado del Poder Ejecutivo, insertamos a continuación lo que dice la *Revista Continental* de New York, del porvenir del café. Pero antes de hacer esta inserción, diremos que nos parece un poco teatral y fingido el espanto del autor del Mensaje, porque al acabar de ocurrir aquellas sombras dice: «Esta situación del mercado cafetalero influye desfavorablemente sobre las importaciones, y es de temer, por lo tanto, que la paulatina mejora notada últimamente en la venta de aduanas, no podrá continuarse».

Lo que en buen romance y sin aspavientos quiere decir que la renta de aduanas ha mejorado, a pesar de la guerra, del bloqueo, del alza de los fletes y de los pronósticos desconsoladores del Poder Ejecutivo.

Veamos ahora lo que dice la *Revista Continental* de New York:

“La guerra y el consumo de café”

El hecho de que los países americanos hayan perdido a Alemania y Austria entre sus consumidores de café, no causará ni ahora ni en el futuro un efecto notable en los precios a que se cotiza ese producto, ni producirá dificultades económicas a los cosecheros de la América del Sur.

Esta es la opinión expuesta por los miembros más prominentes del *New York Coffee Exchange*, quienes han estudiado con sobra de datos las condiciones de aquel producto en los mercados mundiales. Los especuladores de café en New York no dan crédito a la versión de que el Brasil trataría de vender en los Estados Unidos el sobrante por falta de consumo en Alemania y Austria, y ocasionalmente de este modo un excedente y por consecuencia una declinación en el precio del artículo. La elevación en el valor de los fletes marítimos y la escasez de barcos disponibles para el objeto, forman un argumento en contra de aquella aseveración.

No obstante el hecho de que Alemania ha estado aislada del resto del mundo en sus operaciones comerciales, parece que ha importado indirectamente por Escandinavia suficientes cantidades de café brasileño, y por otra parte el consumo del mundo ha superado en mucho a las cifras normales, con lo cual las cantidades de café de que se dispone en los mercados, son mucho menores que las del año pasado, y menores aún que las de hace dos años.

Según estadísticas fidedignas, la cantidad que se tenía en Europa para el abastecimiento del mercado, el día 1.º de marzo del presente año, era de 4.241.000 sacos, comparado con 5.628.000 sacos en la misma fecha del año anterior, y..... 8.547.000 en 1914. El stock que se tenía en Río de Janeiro era de 298.000 sacos, comparado con 424.000 en igual fecha de 1915, y con 252.000 en 1914. El stock en Santos, en igual fecha, era de 1.170.000 sacos, en tanto que en 1915 se tenían 1.039.000 sacos y 1.285.000 en 1914.

En los otros puertos brasileños se tiene actualmente como 400.000 sacos de café, que fueron comprados por firmas alemanas, no con la intención de exportarlos inmediatamente, sino para remitirlos a Alemania tan luego como cese la guerra. En opinión general de los grandes negociantes de café, este artículo, al igual que el algodón, subirá de precio cuando se firme la paz en Europa.

El consumo de café en Francia ha sido mucho mayor que años anteriores. Las estadísticas oficiales correspondientes al año 1915 muestran que las importaciones de café fueron de 2.305.000 sacos, comparadas con 1.940.000 en 1914, y 1.920.000 en 1913.

Alemania y Austria representaban antes de la guerra una importación aproximada de 4.000.000 de sacos de café anuales, pero ya se ha visto que su eliminación del comercio mundial no ha afectado visiblemente a los productores suramericanos.

Empeñado luego en llevar los últimos refuerzos, queremos decir los últimos poderosos motivos que militan en favor de los nuevos tributos, a la discusión del Congreso, el Mensaje nos cuenta que «la estación lluviosa más rigurosa que se recuerda en el país» ha puesto intransitables los «caminos públicos en los campos», noticia que ignorábamos todos y muy particularmente los ca-

rrereros y campesinos; y como un buen maestro de escuela, hace las cuentas del mayor gasto que soporta el consumidor por el alto de los fletes, para sacar la consecuencia de que si puede pagar viveres caros, también puede pagar fuertes impuestos. El argumento es concluyente. Pero ¿será lo malo de los caminos la causa única del alza extraordinaria del precio de los viveres? Sospechamos nosotros que alguna parte de esa alza debe corresponder a la baja de la moneda nacional y a la alarma producida por ciertos proyectos y mensajes, muy propios para producirlos.

Como sospechamos también que los consumidores pobres, es decir, la inmensa mayoría de los habitantes del país, no comen lo mismo—ni en cantidad ni en calidad—que los viveres están caros que cuando están baratos; pero que si gastan lo mismo, porque de otro modo habría que suponer que el precio excesivo de los viveres hace crecer los recursos de los pobres, lo que es absurdo y manifiesto. El mismo Mensaje reconoce esta verdad cuando lo dice: «Para poder comer siquiera no esta pagando hoy mucho más, a causa de los malos caminos, que lo que el poder Ejecutivo solicita para mejorarlos? No; el consumidor está gastando hoy lo mismo que antes gastaba para comer bien y sufiendo, y apenas come; y es posible que no consienta en dejarse arrebatar esta ración de hambre por contentar los sueños de reforma que intentan llevar a práctica, a paso de carga y sin preparación adecuada. El pueblo es, sin duda, muy sufrido; pero no es imbecil y comprende muy bien que hasta la mejor y más anhelada reforma fracasa si no tiene base, ni recursos, ni hombres competentes para llevarla a cabo».

Arremete en seguida el Mensaje contra el café y afirma que éste «no es más que una parte de la riqueza del país, y no la principal», y lo demuestra de manera irrefutable. Según el Mensaje, la propiedad raíz a ojo de buen cubero, porque no hay datos estadísticos suficientes, puede, tal vez, acaso, valer unos \$ 300.000.000 y una buena cosecha de café... no pasa de unos \$ 5.000.000, como renta líquida de las plantaciones.»

Ignoramos si es permitido en un Mensaje presidencial comparar el valor total supuesto de la propiedad raíz con la renta líquida de una parte de ella, para deducir del razonamiento lo insignificante del valor de esta parte; pero nosotros hubiéramos comparado la renta líquida producida por la totalidad de la propiedad raíz, con la renta líquida producida por la propiedad raíz sembrada de café, para averiguar la verdad.

Es cierto que esta se venga a renglón seguido de la injuria que le hizo semejante modo de razonar, obligando al Mensaje a reconocer terminantemente que, aunque el café afecta bien poco la prosperidad general, si (afecta) *muchísimo el comercio exterior*—base indirecta de nuestras rentas públicas. De donde rectamente se deduce que *si afecta muchísimo la prosperidad general, a menos que el comercio exterior—importación exportación—no sea arte ni parte en la dicha prosperidad.*

No comprendemos por qué llama el Mensaje al comercio exterior *base indirecta de nuestras rentas públicas*. Hasta ahora lo habíamos tenido como fuente directa de la más cuantiosa de las rentas del país.

Y como si tuviera tela cortada con el comercio exterior o quizá solamente con los cafetaleros, el Mensaje afirma, categóricamente, que «el país no vive propiamente del café, ni de las mercaderías introducidas en cambio de lo exportado.»

Si por país se entiende el Fisco, nada hay menos exacto que este concepto del Mensaje, porque pocos renglones antes leímos en el mismo documento: «Las rentas públicas dependen en primer lugar del producto de las Aduanas,» es decir: de los derechos cobrados a las mercaderías introducidas en cambio de lo exportado, y este otro concepto, que de paso rectificamos: «... el comercio exterior (es) *base indirecta de nuestras rentas públicas.*» Luego el país sí vive de lo que el Mensaje afirma categóricamente que no vive.

Si por país se entiende los habitantes de él, no resulta más exacto el concepto aludido a menos que el autor del Mensaje crea que aquí vivimos propiamente como nuestros antepasados indios, vestidos de achote y otros tintes y de algo de taparrabo para los días de fiesta. Y ni aún así, porque vemos en los datos estadísticos de la importación nacional, una cierta cantidad de manteca, harina de trigo y otras sustancias alimenticias, que está demostrando con su importancia la falta que nos harían si llegara a suprimirse su importación. Luego el país sí vive propiamente—vestido de todo y alimentado en parte—de las mercaderías introducidas en cambio de lo exportado.

Continúa discutiendo el Mensaje sobre el mismo tema. «El principal elemento de la vida es la producción en el país mismo de viveres, de toda clase, de materiales, etc. Y de los gastos públicos... su mayor parte queda en el país también, para la compra de viveres y materiales.»

Si no entendemos mal, lo último quiere decir que los impuestos pagados por el contribuyente, al contribuirse vuelven, en forma de sueldos, salarios, etc. De donde deduce el Mensaje que el gasto público no es pues un gasto a cargo de la riqueza nacional y de su producción, con excepción de los artículos importados y de los intereses debidos en el exterior.»

Si guiendo el razonamiento del Mensaje, tampoco estos son gastos a cargo de la riqueza pública y de su producción. ¿Por qué? Porque si el Gobierno importa ciertos artículos para el servicio público, con él devuelve al contribuyente el valor de ellos, y si paga los intereses debidos es porque ya ha recibido un capital para servir al país y por ende a los contribuyentes. La excepción no está, pues, bien justificada.

Lo que nos tiene prelejos y como abobados es la afirmación de que el *gasto público no es gasto*, porque *aunque los impuestos se paguen en dinero, constituyen una parte de los productos de toda la nación, que se cede al Gobierno para los gastos correspondientes a la administración del Estado!*

Y acaba el logogrifo anterior con esta desparapante confesión: «Y CON LOS GASTOS HASTA AHORA ACOSTUMBRADOS EL PAÍS HA PROSPERADO: NO SOLAMENTE HA VIVIDO, SINO QUE HA ACUMULADO RIQUEZA!»

Pues si el país ha prosperado, si no solamente ha vivido, sino que ha acumulado riqueza, con los gastos acostumbrados, lo que el país necesita no es que lo opriman con nuevas y más onerosas contribuciones, sino que vengan a gobernarlo hombres probes y sabios administradores, y no enamorados de sistemas tributarios de poderosas naciones, planteados, desarrollados y perfeccionados en más de cien años, empleando para ellos mundos de sabiduría y experiencia y montañas de oro, usados paulatina, progresiva y prudentemente. Con tanto mayor razón cuanto que gozamos de crédito en el exterior y en el interior, donde siempre ha encontrado recursos el Gobierno para sus necesidades, al decir del Mensaje, aplazando todo proyecto de reforma hasta que el mundo perturbado por la guerra, vuelva a la normalidad y nosotros a la nuestra, con la restauración de la moneda nacional de oro.

Concluye el Mensaje señalando al Congreso el peligro de la intervención extranjera, si no pasan los proyectos del Poder Ejecutivo, y llegan a faltarle recursos para atender al servicio de la deuda exterior. Siempre asustando a los señores del Congreso!

A estas horas caemos en cuenta de que nada hemos reparado en lo de las líneas principales de calzadas a través de todo el país que, por lo menos, deberíamos hacer inmediatamente, es decir, en la próxima estación seca, so pena de que en la lluviosa siguiente nos quedemos en esta ciudad sin qué comer!

Como se ve, el pronóstico es aterrador; pero no imaginamos siquiera la manera de conjurarlo, sobre todo, si se ha de conjurar con el producto de los nuevos impuestos, que—aun decretados—no habría habido tiempo de recordar. Afortunadamente, cinco o seis meses de buen sol componen cualquier camino, y algo ayudarán también los carreteros.

Traza después un bonito cuadro de lo fácil y barata que sería la vida con una buena carretera de Puriscal a San José, con otra de San Ramón a Alajuela, pasando por Naranjo y Grecia, etc., todo lo cual nos ha sugerido, como único reparo, que acaso la cualidad característica del señor Encargado del Poder Ejecutivo no sea la de las buenas intenciones, como lo han pensado sus admiradores, sino la de una enorme fantasía, acompañada de un valor en grado heroico para andar solo por los campos de su administración y de su política. Con lo cual iría ganando, pues en vez de una, tendría dos cualidades características.

Podríamos decir, para terminar estos reparos, que el cuadro de las causas de las intervenciones está mejor pergeñado que el resto del Mensaje?

¡Nos sería permitido agregar que todas esas causas pueden reducirse, no a la *degradada subordinación*, sino al criminal sacrificio de la patria entera en aras del odio y de la concupiscencia de los directores de los mal llamados partidos políticos?

EREMITA